

D. B. Grez

**“De la formación de galerías
de Bellas Artes y de un
Museo de Industrias y
Costumbres Nacionales”**

**en Santiago: Las Bellas Artes, 1869,
páginas 111-112**

—Lo creo bien, despues de la afrenta que le hiciste.

—Volvamos a la mujer de la Floridiana, dijo Horacio con tono seco i visiblemente impacientado.

—Volvamos. Te decia, pues, que Leontina....

—Todavía?

—Déjame concluir, te lo suplico. Que Leontina tenia todo en su favor, fuera del canto. Ella es jóven, hermosa, instruida, bien nacida, bien educada, rica, aunque esta cualidad es un defecto a tus ojos, mientras que la mujer de la máscara de cera nada tiene en su favor, excepto el canto.

—Pero tambien qué voz! qué canto!

—Lo confieso, los gorjeos son soberbios, pero qué plumaje!

—¿I qué sabes tú de sus cualidades? ¿Por qué asegurar que nada posee? Su físico es hermoso apesar de su desgraciada cara.

—¡Misericordia!

—¡Qué talle! qué gracia! qué distincion! qué modo de andar! Puede ser tan bien nacida, tan bien educada, tan jóven i tan rica como tu prima... de otro modo no estaria en la Floridiana.

—En suma, estás enamorado, mi pobre Horacio; cástate pues con ella i no hablemos mas.

—De veras que me irritas, Marcial. ¿No puedo deleitarme con una voz incomparable? no puedo ocuparme un instante del misterio que rodea a esta mujer escepcionalmente desgraciada? no puedo tener el deseo, el capricho de penetrar ese misterio, sin que se me supongan locuras? I tú, tú el primero Marcial!

—Me dices esto como César debió decir: *Tu quoque!*

—Es porque siempre te consideré mi mejor amigo.

—Te advierto que no pretendo hacer mi dimision.

—Tampoco sería aceptada. Escucha, lo que mejor puedes hacer es dejarme tranquilo, o bien (lo que valdria mil veces mas) ayudarme a conocer a la misteriosa extranjera.

—¿Estás decidido?

—Mas de lo que te figuras.

—Estoi pronto! dijo Marcial con una resignacion de las mas cómicas.

Los dos amigos estaban en este punto de su conversacion, cuando el sirviente de Horacio entró al gabinete con una carta que vino a interrumpir el diálogo de ellos.

Continuara.

DE LA FORMACION DE GALERÍAS DE BELLAS ARTES

I DE UN MUSEO DE INDUSTRIA I DE COSTUMBRES NACIONALES.

Creo que todo país que desee formar artistas debe principiar por establecer, a todo trance, un museo de bellas artes, del mismo modo que para fomentar el amor a las letras es necesario el establecimiento de bibliotecas. De poco sirve tener escuelas para la enseñanza de la arquitectura, pintura o escultura, si el país no cuenta con un museo, en donde los artistas que se están formando encuentren buenos ejemplos que observar. La vista de las buenas obras de arte es un segundo aprendizaje, a veces mas necesario que el de las escuelas, siendo al mismo tiempo un estimulante que sirve poderosamente al desarrollo de esa pasion por la belleza, pasion vivificadora de las sociedades. La

lectura del mejor discurso no es de tanto efecto como la vista de un buen cuadro. Un museo desarrolla entre las jentes el espíritu de observacion, tan necesario a la filosofía del arte, forma i perfecciona el gusto; mantiene el entusiasmo; despierta la imaginacion; ilumina el entendimiento; quita las preocupaciones; enjendra buenas ideas, i, fomentando entre las jentes el amor a lo bello, crea por decirlo así admiradores, en todos los rangos de la sociedad. Estos admiradores de la belleza son indispensables para la formacion de artistas, porque el buen gusto, la instruccion, el discernimiento social son el verdadero apoyo del arte. El pintor no hace un cuadro, ni el escultor labra un trozo de mármol, por su sola satisfaccion: ambos han menester de la aprobacion ilustrada de los demas, aprobacion que los estimulará a trabajar mas i mas cada dia por merecerla, enjendrando en ellos ese santo entusiasmo de las almas elevadas, que tantas obras maestras ha producido. La indiferencia de la sociedad produce, al contrario, la desesperacion, en los amigos de la belleza, así como el mal gusto convierte al arte en negocio, a los artistas en artesanos, i a sus obras en objetos de pura mercancia, que a veces se suelen pagar a razon de su tamaño, ántes que a razon de su mérito. Por esto decia que, para formar verdaderos artistas, es preciso enseñar al pueblo a distinguir lo malo de lo bueno; es preciso desarrollar entre los individuos el gusto por las bellas obras, enseñándoles prácticamente a apreciarlas; i esto no se conseguirá sino con el establecimiento de un museo de bellas artes.

Bien se echará de ver que no es mi ánimo hablar de la formacion de una galería de clásicos orijinales. Pretender juntar una coleccion de estátuas i cuadros al óleo de los buenos maestros sería un pensamiento quimérico, no digo para Chile, sino para cualquier otra nacion que contase con mayores recursos. Pero a mi juicio, no sería imposible la formacion de un museo de fotografías de los mejores cuadros i estátuas del mundo. Esto, con una coleccion de buenos grabados, formaria la base del museo, en donde podrian tambien figurar algunas copias en yeso de las mejores esculturas antiguas i modernas, i los cuadros al óleo que Chile pudiera obtener.

Me parece que no sería ni muy difícil ni muy costoso obtener copias al óleo de los cuadros clásicos de las galerías europeas, ya fuera pidiendo allá dichas copias, ya enviando a sacarlas a los mas aprovechados de nuestros pintores. Cada uno de estos jóvenes artistas volveria de su viaje enriquecido con nuevas ideas, i con nuevas obras para el museo, que andando el tiempo, llegaria a a contener verdaderas riquezas, verdaderas obras maestras, que no dejarian de serlo por ser copias.

Tengamos éstas siquiera, ya que no podemos obtener obras orijinales; o mas bien dicho: principiemos por coleccionar buenas copias, a fin de llegar a obtener buenas obras orijinales de los pintores artistas chilenos. Lo que hoy se creará tal vez muy difícil, parecerá muy sencillo despues de comenzado.

Talvez habrá quienes crean inútil una coleccion de fotografías i grabados; talvez habrá quienes digan que, si no se ha de poder formar desde luego un museo de buenos cuadros, mas vale no tener nada. Pero yo tengo para mí que, en cuanto a modelos, mas vale algo que nada, mayormente cuando ese algo puede ser una buena coleccion de copias de obras clásicas, i cuando con ese algo puede Chile llegar a entender el amor al arte, crear el gusto en el pueblo, formar artistas, i obtener, por fin, obras maestras que la jeneraciones venideras admirarán con entusiasmo. ¿Por qué no creer que Chile producirá artistas, cuyas obras sean dignas de la admiracion de la posteridad? En cuanto a mí, a Dios gracias, tengo fe en que así será.

Puede muy bien suceder que nosotros no alcancemos a ver realizada esta esperanza; pero esto no es una razón para no principiar a trabajar porque se realice después. Nuestro deber es plantar el árbol para que las generaciones venideras aprovechen sus frutos, así como nosotros gozamos hoy de los adelantos que nos legaron nuestros padres. Pongamos mano a la obra, i la veremos incrementarse por sí misma.

Por otra parte, una colección como la de que se trata es, por más de un motivo, digna de la atención pública, i el museo que la contuviese merecería ser visitado por lo más culto de nuestra sociedad. En cuanto a lo que a mí toca, al ménos, confieso que gozo, i que olvido el tiempo, mirando aunque sea una fotografía de cualquier cuadro de Rembrandt, o de Rafael, de algunos de Rúbens, Van-Dyck, el Ticiano, Murillo etc. ¿Será preciso ver los originales para admirar la verdad de las Cabezas de Ribera, para estasiarse en la simpática dulzura de las fisonomías de Carlo Dolceo para impresionarse con el singular movimiento de los escenas de Rúbens? Si la fotografía no nos puede presentar el colorido de estos grandes maestros, nos da a conocer la pureza de sus perfiles, la expresión de sus semblantes, la posición relativa de sus figuras, i todos los medios, en fin, de que se han valido para representar las pasiones humanas, que es uno de los principales estudios del artista.

Lo mismo puede decirse de las buenas copias de escultura. Aun después de haber visto el Laocoon en Roma, nadie permanece indiferente al encontrarse con una buena copia de este grupo sublime. Estas u otras copias de las obras maestras de los tiempos antiguos i modernos se ven en varios museos de Italia i Alemania. Si en ellos no hai galerías fotográficas, es sin duda por la facilidad con que se las encuentra en la calle, i también porque las galerías originales hacen inútiles las fotografías. Pero en cuanto a grabados, solo en los museos de Dresde, Munich, Amsterdam i otros hai salones con muchos miles de ellos. ¿Por qué no habia de hacerse en Chile esto que se ve en las principales capitales europeas?

Ahora solo me resta hablar de otra necesidad, a saber: la formación de un museo de industria i costumbres nacionales. Ahora que comienza a desarrollarse nuestra industria, ahora que vemos estarse efectuando cierto cambio en nuestras costumbres; ahora que nos hallamos en una de esas épocas de transición por las que tienen que pasar todos los pueblos que comienzan a vivir, ahora es precisamente la época más oportuna para emprender esta obra que después se haría muy difícil.

Este museo podría contener: 1.º todos los instrumentos agrícolas del país. 2.º Modelos en yeso de nuestros antiguos modos de cosechar. 3.º Id. de la división de nuestras estancias; sistemas de regadío i de cultivo etc. 4.º Id. de los sistemas de crianza de animales, corrales, rodeos, apartes, lecherías etc. 5.º Id. de ranchos i de casas de campo. 6.º Instrumentos, armas, vestidos i demás útiles de un campesino. 7.º Colección de herramientas i artefactos pertenecientes a las demás industrias del país. 8.º escenas en yeso que representasen las costumbres del pueblo: sus fiestas i juegos característicos: sus ramadas, chinganas, riñas de gallos, carreras, fiestas de casamientos, mingacos etc., etc. 9.º Colección de instrumentos de música: harpas, guitarras, rabeles; i en fin, todo cuanto pudiera dar idea del carácter del pueblo, de sus usos, i de sus costumbres, tanto en la vida privada como en la vida pública.

Un museo como éste sería no solo curioso sino también muy útil. Las generaciones venideras aprenderían en él la manera de ser de sus progenitores; i allí verían la historia patente de los adelantos del país. Nada anima tanto al hombre como el ejemplo de los esfuerzos que la huma-

nidad ha hecho en la senda del progreso. De la comparación de las antiguas i toscas herramientas con las modernas más perfeccionadas, resulta siempre un bien, pues nos hacemos instintivamente este raciocinio: "nuestros mayores han progresado en la industria;" luego nosotros también podemos progresar. De esta manera se le enseña prácticamente a los pueblos que las costumbres de ayer eran más toscas que las de hoy; que sus diversiones eran más brutales; que sus juegos eran más indecentes; que sus diversiones eran ménos racionales; que su industria, su comercio, su vida toda eran inferiores a lo de hoy. Si la historia leída enseña a algunos, esta historia escrita con objetos i figuras enseñaría a muchos. ¡Cuánto no ganaría el buen sentido público con las comparaciones que cada cual haría! Esas comparaciones serían muchas veces ricas en buenos resultados, porque comprendiendo el pueblo cuanto ha ganado de ayer a hoy, se alentará a dar nuevos pasos de hoy a mañana. Esta idea es una gran palanca social, que obra, a la larga, es verdad, pero de una manera segura, i sin inducir jamás al mal. Así lo ha probado la experiencia misma; i he aquí porque muchas naciones han consignado las antiguas costumbres en escenas i modelos de útiles e instrumentos caseros, i han escrito, se puede decir, la historia de los progresos de la industria, por medio de colecciones en donde cualquiera puede estudiar la marcha de la industria misma i los esfuerzos que las generaciones han hecho, así como los inconvenientes con que han tropezado para perfeccionarse, poco a poco. Introduzcamos, pues, en el pueblo las saludables i poderosas ideas de un trabajo asiduo i de esa marcha constante hácia la perfección.

D. B. GREZ.

BARTOLOMÉ ESTEVAN MURILLO.

Paseábase silencioso i pensativo por las orillas del Guadalquivir un jóven en cuyos fatigados ojos se veían las huellas de un grande estudio i trabajo, aguardando en las inmediaciones de la torre de Oro, que se ostenta a las márgenes de aquel caudaloso río, a que llegasen los barcos que desembarcaban al pié de ella a los viajeros que venían de Cádiz para concurrir a la ya entónces famosa feria de Sevilla.

Era esto en el mes de abril del año de 1643.

Sevilla era entónces una de las maravillas de la España, i ya se habia conquistado el famoso proverbio: *el que no ha visto a Sevilla no ha visto una maravilla.*

Llegaron los bajeles que traían a los pasajeros ansiosos de ir a disfrutar las fiestas de aquella hermosa ciudad, i contemplar la feria que se ostentaba en el gran campo de *Tablada*.

Entre aquellas jentes venia otro jóven que apenas puso el pié en tierra i vió al pensativo del Guadalquivir se arrojó en sus brazos. El recién llegado era Pedro de Moya, que volvía de Lóndres donde habia pasado algunos años estudiando con el célebre Van-Dyck, i aquel en cuyos brazos se arrojaba era Bartolomé Esteban de Murillo, su condiscípulo de pintura en el estudio de Juan del Cas-tillo.

Aquellos dos jóvenes cojidos del brazo entraron en la ciudad, cenaron juntos en la modesta habitación de Murillo aquella noche, i la pasaron toda ella recordando su antigua amistad, refiriendo Pedro de Moya las particu-